

CUANDO EL FERROCARRIL LLEGÓ A TALCA

Oscar Pinochet de la Barra (*)

Hasta la Guerra del Pacífico, la vida en provincia se deslizaba tranquila. Pequeños pueblos diseminados a lo largo del valle central y en las lomas secas de la cordillera de la costa; además de contados puertos frente al inmenso océano Pacífico.

A la agricultura, tradicional labor del chileno, se agregaría la minería del desierto nortino. Talca, por supuesto, tenía su propia mina de oro, El Chivato, legendario socavón colonial por esos días abandonado, pero que ya se reanimaría. Los dueños de fundos pasaban temporadas entre su amplia casa de campo y la que mantenían en el pueblo, a donde llegaban empujados por los aguaceros y la soledad. En realidad, con el invierno era difícil pasar ríos sin puentes apropiados y lodazales que atascaban coches y cabalgaduras.

Pero el progreso llegaba... por el "camino de hierro". El ferrocarril de Santiago había entrado a Curicó en 1868 y los trabajos avanzaban velozmente hacia Talca.

Sí, allí estaba Talca, alrededor de la plaza de Armas y en pocas cuadras más trazadas desde ese día 12 de mayo de 1742, cuando llegó en rápido viaje a caballo, desde el Sur, el gobernador José Antonio Manso de Velasco, y presidió su refundación.

En realidad, la villa había sido fundada unas cuadras más al Oriente, por Tomás Marín de Poveda, en 1692, y llevado una vida lánguida. Entre los esteros Piduco y Baeza, siempre en tierra de Agustinos, rodeadas por el río Claro y un anfiteatro de cerros hacia el Poniente, tenía frente a frente el solemne Descabezado, alta montaña

(*) *Escritor. Director del Instituto Antártico Chileno.*

tutelar de toda la zona.

Habían pasado más de 100 años y a mediados del siglo XIX Talca podía mostrar con orgullo -y los talquinos no dejaban de hacerlo- una plaza donde crecían árboles recién traídos de Santiago, rodeadas de casas, algunas de dos pisos y con edificios importantes: la Intendencia y la iglesia Matriz, que los terremotos de 1823 y 1835 habían destruido y se había vuelto a construir. Y eso ocurriría nuevamente.

En esos últimos años anteriores al conflicto con Perú y Bolivia, el pueblo tenía 27.724 habitantes (1870) y los viajeros llenos de polvo que se bajaban de los coches de posta salidos de Rancagua o San Fernando, y desde Curicó cuando llegó allí el tren, podían estirar las piernas en las vecindades de sus hoteles.

Uno de estos viajeros, en enero de 1860, fue Alberto Blest Gana, quien se expresa de Talca con palabras que vale la pena recordar: "Talca, a pesar del silencio de sus calles, tiene ciertos aires de capital, que el viajero le concede de buen grado después de pasar por las viejas y desaliñadas poblaciones que median entre ella y Santiago. Lo que distingue al talquino es su amor exclusivo a su pueblo. Allí se conserva todavía la franca cordialidad que las pretenciosas costumbres de nuestra capital han desterrado y se deja notar un orgullo que pocos pueblos, ¡ay! tienen derecho de manifestar, por la moralidad que reina en sus relaciones sociales. Esto basta para probar al lector que en Talca no se vive todavía a la europea, bien que la moda y los figurines de París se imiten allí casi con la misma escrupulosidad que entre nosotros."

Más de una vez, el viajero fue extranjero. Cuenta el alemán Paul Treutler (1862):

"Llegué en la diligencia del correo a la tercera ciudad de la república, por el número de habitantes: Talca. Me alojé allí durante varios días en un buen hotel perteneciente a un alemán y situado en la plaza principal..."

Porque el viajero podía elegir en esos años entre dos hoteles: el "Du Nord", frente a la Plaza, en la calle Cienfuegos (1 Poniente), que luego se llamó "Hotel de la Unión", y el "Hotel del Comercio", en esa misma Plaza, en la esquina de las calles Cruz (1 Oriente) y Gamero (1 Sur). En 1874, el "Du Nord" o "De la Unión" se modernizó y pasó a llamarse "Colón". Estaba en un edificio de dos pisos y tenía todas las comodidades a un precio no excesivamente alto: "\$20 mensuales con comida o \$2,50 por noche". Era dinero bien empleado ya que, según se destacaba, "todas las camas tienen sommieres, o sea, colchón de resorte, en lugar de la acostumbrada payasa de hoja."

Los viajeros chilenos que preferían la tradición, luego que el coche con caballos entraba por la Alameda y se dirigía a la calle San Juan de Dios (2 Sur), se detenían en la Posada de Santo Domingo, muy cerca de la salida al puerto maulino de Perales. Allí al lado de la iglesia que había sido de los jesuitas y pasado a poder de los dominicos, frente a una plazuela, los talquinos tuvieron por muchos años su sitio de reunión preferido: café, posada, juegos de azar, riñas de gallo y... preparación de

revoluciones, pues en uno de sus salones se reunieron los conjurados de la Revolución de 1851. El doctor Francisco Hederra, sagaz crítico de las costumbres talquinas, cree que en lugares como ése se formó un cierto carácter común a los provincianos:

“Allí se fue creando y desarrollando la costumbre de pasar horas de horas en el Club: se formó el gusto por el juego, la comida abundante, la vida ociosa y fácil...”

Luego el café vino a menos y la gente acomodada sintió la necesidad de reunirse en un sitio exclusivo. Así nació el Club Talca, en 1868, en la calle Cruz (ocupando el mismo lugar donde sigue hoy), en la casa que para estos efectos se compró a Juan Antonio de Armas. Fue el gran suceso del año y en 1872, fecha de aprobación definitiva de los estatutos, los socios llegaban a 270.

Los diversos salones del Club rivalizaban en confort y agrado: el salón de lectura, con los diarios del país y cantidad de libros en sus estantes; la sala de tertulia, donde un retrato de Francisco Bilbao introducía la nota revolucionaria y librepensadora; así como un enorme desnudo femenino, en otro salón, se ponía a tono con el nivel picante de las conversaciones; el salón de billares, el bar, el comedor y, desde luego, la enorme sala de baccarat, rocambor y malilla, con “chimenea de mármol de colores”, en cuyas llamas, en los inviernos húmedos de esas tierras bajas, daban deseos de sobarse las manos, mientras el mayordomo del fundo, con su manta de castilla pasada de agua, esperaba órdenes en el pasillo.

Si el viajero tenía buenas amistades podía asomarse a este ambiente, en el que reinaba la atracción al “tapete verde”. En todo caso podía ir al Teatro Municipal, en la calle Cruz y la Alameda, inaugurado el 15 de agosto de 1875, bajo los auspicios del Intendente Urcisino Opazo Silva. El 10 de diciembre siguiente, en la calle 2 Sur, a metros del Piduco, nació Francisco Antonio Encina.

El Teatro Municipal tendría noches inolvidables, como una de 1886 en que actuó la gran Sarah Bernhardt. Porque los talquinos no se privaban de nada...

Por último, para aquellos viajeros que sólo querían estirar las piernas luego de viajar 8 horas desde Curicó, estaba el paseo nocturno por la calle Gamero o del Comercio; allí, a la luz de faroles a gas (1875) podían leer el famoso letrero de la sombrerería Bedineau: “Talca, París y Londres...”.

Indudablemente, Talca estaba saliendo rápido de su sopor provinciano y ya nadie lo dudó más a partir del 15 de septiembre de 1875, día en que el pueblo entero de trasladó en todos los medios disponibles a la flamante estación de ferrocarriles. Horas antes habían partido al Norte, a tomar el tren en una de las estaciones vecinas a la ciudad, el Intendente José Ignacio Vergara Urzúa y el Alcalde Pedro V. Letelier. El mejor relato de este momento histórico lo ha hecho Gustavo Opazo Maturana:

“Poco después de las cinco y media, el silbido de la locomotora anunció a Talca el despertar del nuevo día. El pueblo entero se había trasladado a recibirlo, esperando lleno de ansiedad oír el primer grito (sic) de la locomotora...”

“Ante la emoción para unos y la curiosidad llena de pavor para otros, silenció la máquina sus campanas y silbidos de anuncio. La locomotora iba adornada con la bandera de Chile. El público rompió en repetidos y frenéticos vivas, mientras la tropa saludaba con descargas de fusilería”.

El progreso había llegado de golpe al pueblo a mediados de la década del 70 y el talquino trataba de acostumbrarse a vivir en una de las contadas ciudades del mundo, con Nueva York y otras muy selectas, que tenían sus calles numeradas de acuerdo a los cuatro puntos cardinales, de acuerdo a una iniciativa del regidor Daniel Barros Grez (1869): Dos Sur, Cuatro Oriente, Seis Poniente...

Claro que ya se comenzaba a criticar un cierto tono de suficiencia de esta sociedad provinciana, tranquila y casi oculta durante muchos años, mientras emergía a los ojos del resto de Chile. Pedro Pablo Figueroa lo explicaba así en 1889:

“Más pacífico y laborioso que batallador, el pueblo de Talca era un centro de progreso tranquilo, que en apacible trabajo laboraba su riqueza natural: la tierra. Su sociabilidad orgullosa, terca, penetrada de egoísmo colonial. Más aristocrática que ninguna otra del país, por carácter reservada, por hábito poco expansiva, por educación ajena a las muchedumbres... citada como una excepción por su tradicional orgullo castellano”

Eso de que Talca era únicamente agrícola se había modificado grandemente en los últimos años de ese decenio. En 1876, las estadísticas indicaban que el departamento de Talca había tenido una producción agrícola ascendente a \$536.438 y una producción industrial de \$319.350.- según Recaredo Tornero, la ciudad de Talca no tenía en 1870 menos de 40 establecimientos industriales, destacándose 7 molinos.

Y el comercio podía aspirar a días mejores con la inauguración del tramo ferroviario Curicó-Talca. Poco a poco quedaría en desuso la salida de la riqueza regional por el río Maule hasta Constitución, desde el puerto de Perales, a 30 kilómetros de Talca. Los 450 lanchones manejados por hábiles guanayes se dedicaron por varios años todavía, preferentemente, a transportar los bienes producidos al Sur del caudaloso río, que ningún puente cruzaba todavía.

Todo este movimiento comercial se hacía con dificultad, además, por la ausencia de Bancos. Sólo el 1 de febrero de 1869 se instaló en Talca una sucursal del Banco Nacional, en la esquina de las calles 1 Oriente y 1 Norte; y el 26 de diciembre de

1872, otra del Banco de Valparaíso, en la 1 Sur frente a la Plaza de Armas.

Talca progresaba porque Chile entero progresaba al final de la década del 70: el ferrocarril a Valparaíso había terminado de construirse en 1863, las obras del ferrocarril Sur continuaban, y en esta materia el Estado había gastado ya 35 millones de pesos. Había que agregar lo invertido en telégrafos, en el molo de Valparaíso, en el enorme edificio del nuevo Congreso Nacional, de la Universidad de Chile y de la Quinta Normal para la Exposición de 1875, en edificios para liceos, en canales de regadío, de los cuales el canal del Maule era uno de los más importantes.

Horace Rumbold, el acucioso Ministro de Gran Bretaña en Santiago, cuestionaba un poco algunas inversiones en 1877:

“Gastos extraordinarios para trabajos públicos de incuestionable utilidad, más allá de lo que la condición financiera del país justifica, a un paso un poco forzado...”

La población chilena había pasado de 1.010.000 habitantes, según el primer censo hecho en 1835, a 2.068.424 de acuerdo al censo de 1875. Las exportaciones agrícolas habían alcanzado a las mineras y ambas sumaban \$ 32 millones en 1874.

El gobierno de Federico Errázuriz Zañartu terminó en crisis económica y aunque el presupuesto alcanzó un superávit en 1876, no se pudo evitar el déficit al año siguiente. La producción de trigo bajó por malas cosechas y el cobre se depreció en el mercado mundial, lo que significó \$ 15 millones menos en las exportaciones. Los Bancos fueron autorizados para emitir igual cantidad en papel moneda. Esta disminución de las entradas aduaneras fue grave, ya que constituía el principal ingreso por no existir impuestos a los bienes raíces ni a las rentas.

Así vivía Talca y así era Chile al comenzar el tercer tercio del siglo XIX. La Guerra del Pacífico vendría a cambiarlo todo, agregando a nuestro país las extensas provincias de Tarapacá y Antofagasta, ricas en minerales.